



ORLANDO J. ADDISON

EL ACTOR Y LA SOMBRA



NO APTA PARA MENORES DE 18 AÑOS

«Todo el mundo tiene una sombra, y cuanto más oculta está de la vida consciente del individuo, más negra y más densa es. En todo caso, es uno de nuestros peores obstáculos, puesto que frustra nuestras intenciones más bien intencionadas».

CARL G. JUNG

«Nadie nace odiando a otra persona por el color de su piel o su origen o su religión. La gente tiene que aprender a odiar, y si ellos pueden aprender a odiar, también se les puede enseñar a amar, el amor llega más naturalmente al corazón humano que su contrario».

NELSON MANDELA

«Es hora de que los padres enseñen a los jóvenes desde el principio que en la diversidad hay belleza y hay fuerza».

MAYA ANGELOU

Reconocimiento

Escribir *El actor y la sombra* no fue fácil. Me tomó dos años completar el manuscrito, desde las primeras letras hasta el agonizante proceso de editar su contenido para ofrecer al lector un tema pulido con la esperanza de que disfrute leyendo cada capítulo. Nada de esto hubiera sido posible sin la ayuda de Dios, quien me dio el tiempo, horas, días, semanas y meses para dedicarme a completar el libro.

Estoy eternamente agradecido a mi esposa, Martha Fernández Addison, quien respetó esos momentos de inspiración cuando escribía la novela en la oficina de casa. Por haberse preocupado por mí trayendo frutas y agua a mi despacho. Por haber sacrificado las horas que pudimos haber pasado juntos, las que cedió para que pudiera escribir *El actor y la sombra*. Doy gracias a Dios por traerla a mi vida.

Agradezco a mi tío Wilmot Allen, quien asumió la responsabilidad de criar a mi hermano, a mi hermana, a mi prima y a mí cuando no tenía que hacerlo. La verdad es que no tengo ni idea de dónde estaría hoy si no hubiera sido por sus sacrificios.

A mis tíos y tías, en particular a Alicia Gass (Q. D. G.), quien siempre creyó en mí y en mi trabajo como escritor.

A mi madre, Rossana Neomi Joseph Allen Addison (Q. D. G.), por la lluvia de amor que nos brindó y con la que inundó nuestras vidas. Por la paciencia que tuvo al criarnos en la ausencia física de nuestro progenitor.

Un agradecimiento especial a nuestros hijos, Nicole Addison Clute, Steven Addison, Ángel Bueno, Rubén Caraballo y Andy Caraballo, quienes mostraron interés en el libro, preguntándome ocasionalmente sobre su progreso. Para mí significó mucho haber podido conversar con ellos sobre *El actor y la sombra* desde su infancia hasta su publicación.

También agradezco a mi cuñada, Mónica Fernández Yépez de Palacios, por tomarse el tiempo de leer uno de los capítulos y compartir sus comentarios al respecto. A mi hermano, Mikael Addison, por sus sabios comentarios y sugerencias. Les estoy eternamente agradecido.

Finalmente, a todos los que me ayudaron en el proceso de publicación de *El actor y la sombra*: a la Dra. Isidra Mencos, por editar el manuscrito en su primera etapa. A María Alejandra Lara Cardona, quien ofreció todo su conocimiento para afinar el manuscrito en cada capítulo, por su profesionalismo y la extraordinaria paciencia que tuvo conmigo en el proceso de editar el material. Un sincero agradecimiento a la actriz Gladys Rodríguez, por compartir su amplio conocimiento sobre técnicas de actuación. *El actor y la sombra* no se hubiera podido lograr sin sus experiencias, amor a los libros y sin la calidad del trabajo que realizaron. También, gracias al grupo de editores de Penguin Random House, en particular a todo el personal de Caligrama, por su extraordinaria labor publicitaria.

Espero que disfruten de la lectura de *El actor y la sombra* mucho más de lo que disfruté escribiéndolo.

Orlando Addison

Capítulo I

«¡Oh, Dios mío, no!», masculla desesperada con urgencia la joven a mis espaldas mientras espero a abordar el avión que me llevará de San Pedro Sula a Miami.

Viajo en busca de un sueño, de un espejismo que papá considera absurdo y mamá, bueno, ella igualmente piensa lo mismo, pero no por los motivos de papá, porque en la profundidad de su alma desea verme alcanzar el laurel. Teme dentro de su pecho que naufrague en el proceso y esté obligado a retornar como marino derrotado, con la piel y el espíritu castigados por la desigualdad que se desliza de lenguas prejuiciosas. Teme ser herida cuando intente sanar con su mirada piadosa, sus besos y abrazos apacibles cada lesión infligida por palabras afiladas con el desapruebo. Papá dice que la gente no va a cambiar ni me aceptará en el mundo de mi nueva carrera, que la prueba de ello está en la ausencia de negros en la industria. Probablemente tenga razón, pero desconfío de su juicio, ya que la relación entre papá y yo se deterioró desde temprana edad, cuando busqué su presencia y el amor paterno, pero estos brillaron por su ausencia, dejando un vacío irreparable en mi vida, permitiendo el nacimiento de una timidez que acrecienta. Su desapruebo de mi viaje radica más en

el hecho de abandonar una carrera que a base de sus esfuerzos pude lograr y no las posibles heridas duraderas que mi futura carrera podría dejar. Estoy determinado a demostrar a papá que mi viaje no es nada absurdo, que como actor sí puedo cambiar la industria de las telenovelas y que valdrá la pena el sacrificio de dejar atrás mi carrera para alcanzar el sueño que desde niño he venido cosechando.

Dentro de la terminal el aire acondicionado esparce vientos de otoño; sin embargo, las palmas de mis manos están húmedas. Me dirijo a la Florida para persuadir a los ejecutivos de la industria de las telenovelas de que incluyan protagonistas afrolatinos en sus producciones. No será tarea fácil, ya que la industria tiene un largo historial de prejuicios contra nosotros. A menudo desempeñan el papel de pobres, ignorantes y sirvientes. Sin embargo, en los últimos años los han excluido por completo de las pantallas. Confío en que la reunión con Ana Sofía Carrillo, productora de telenovelas, ayudará a crear conciencia entre los ejecutivos y moverá la industria hacia una cultura empresarial más inclusiva. Gracias a Cassidy, se pudo lograr la entrevista a través de su pequeña empresa, Smart Choice, con el fin de ayudarme a cumplir mi sueño infantil: convertirme en el primer afrolatino en obtener un papel estelar en una telenovela.

Miro mi celular, son las dos y media de la tarde. El vuelo está programado para las tres. La terminal está llena de almas de toda índole social, caminan de un lado a otro como abejas salidas de un panal estropeado.

No puedo calmar la ansiedad que me invade al pensar en ver de nuevo a Cassidy. Meto la mano lánguida dentro del bolsillo del pantalón, la saco, vuelvo a introducirla, cambio de postura, no logro aquietar el cuerpo. Los minutos se hacen eternos. Pienso en Cassidy. Ha transcurrido un año desde la última vez que nos vimos. Recuerdo la noche en que la conocí. ¿Cómo podría

olvidar ese placentero momento? En ese preciso instante se despertó en mí un sentimiento puro y tierno que no había vivido con ninguna otra mujer. Hizo latir mi corazón como nunca lo había sentido al verla en Casa de la Cultura. ¡Cuánto deseo estar a su lado, escuchar la melodía de su voz para que arrulle este tormento!

Doy un profundo suspiro y dejo vaciar los pulmones. «¡Basta!», me digo negando con la cabeza dando una leve sacudida. No puedo permitir que este sentimiento complique el propósito de mi viaje, hay demasiado en juego: la reunión cuidadosamente planificada, el tiempo y dinero invertidos en este proyecto, mi traslado a Miami. Pero, entonces, ¿qué haré cuando la vea de nuevo? ¿Fingiré que no me pasa nada? Nuestras conversaciones telefónicas y los textos que intercambiamos me dan la impresión de que podría sentir lo mismo que yo, pero quizás estoy equivocado. No sería la primera vez y más cuando se trata de estos temas. No me sorprendería si nuestra relación se limitara solamente a negocios. De hecho, así debería ser, asunto de trabajo y no romance. Estamos en este proyecto por una causa común.

En cualquier caso, ver a Cassidy por segunda vez y saber que compartiremos la misma ciudad me acelera el tamboreo del pulso. Es esta dualidad entre las ansias por verla y el temor a que el proyecto fracase la que hace que me comporte como presa acorralada. Supongo que averiguaré lo que siente Cassidy cuando llegue a Miami esta noche y la vea en el aeropuerto. El fracaso o el éxito de mi viaje a Miami dependerá de la reunión con Ana Sofía Carrillo y los ejecutivos.

Mientras tanto la mujer que está detrás de mí hurga con afán en su bolso buscando un artículo o documento perdido. Finjo quitarme una hebra del hombro derecho para observarla de reojo con disimulo. Tiene dos arrugas profundas entre sus ojos parpadeantes, la cabeza inclinada, cabello lacio, negro, largo. Viste *jeans*

azules, una blusa color rosa, una chaqueta negra sobre la blusa; da la impresión de viajar a Miami con fines recreativos o en busca de un sueño. Escarba con intensidad y nerviosismo dentro de su bolso como si buscara un anillo dorado en la arena. Deja escapar un suspiro exasperado.

Vuelvo a mirar hacia la puerta de salida. A través del cristal, veo aterrizar un avión. Cuando las llantas tocan la pista de aterrizaje, emerge una nube blanca, a lo lejos una bandada de aves vuela espantada al escuchar el chirrido del avión. Arriba, la nube blanca, delgada y solitaria sobre el intenso cielo azul, continúa moviéndose a paso perezoso.

Un timbrado inunda la sala de espera a través del intercomunicador, seguido de una voz masculina que interrumpe con el anuncio anhelado. «Los pasajeros de Royal Taucan Airlines, vuelo 931 a Miami, pueden embarcar por la puerta número cinco». Cojo mi maleta para ir hacia la puerta de salida solo para escuchar que los pasajeros de clase ejecutiva abordarán primero. Me hago a un lado, los dejo pasar lanzándoles una mirada de envidia que pasa desapercibida. Había planeado estar entre ellos, pero permanezco en la cola porque mi nueva secretaria no reservó la clase ejecutiva como le había indicado. Ahora tengo que pasar en medio de ellos hacia mi asiento en la cabina económica, verlos con recelo sentados en sillones confortables, bebiendo champán, comiendo caviar. No les quito el ojo pensando cuál de ellos ocupará mi asiento. Sí, porque es mi asiento, carajo. Antes no podía permitirme el lujo de viajar en clase ejecutiva, ni siquiera de subirme a un avión. Cuando era niño, miraba al cielo y me imaginaba volando a lugares a donde nunca había ido, cruzando un mar interminable que parecía un misterio, planeando sobre montañas cubiertas de bosque donde los árboles inyectan sus raíces. También jugaba con aviones de juguete que Santa Claus o papá me habían regalado por Navidad. Poder, no solo

volar, sino pagar un billete de primera clase, parecía imposible en aquel momento.

Los viajeros caminan sonrientes con sus maletas de mano, empacadas con ilusiones, con vestigios del subdesarrollo que desgarran las venas de una Latinoamérica aún subyugada por la memoria de una era que reusa morir. Mientras espero mi turno para abordar, no puedo evitar recordar el momento en que le dije a mamá que me mudaba a Miami para alcanzar mi sueño como actor. Por supuesto que no tomó la noticia con agrado.

Fue una tarde que llegué a cenar a casa de mis padres, a pocas semanas antes del viaje. Recuerdo que conversábamos en la cocina sobre el tema mientras ella preparaba la cena. Mamá y yo casi siempre conversamos en inglés. Le mencioné cuando mirábamos telenovelas en la sala con Matilde, una vecina que se hizo buena amiga de mamá y que venía con su hija Daniela. En ese entonces me preguntaba por qué personas de origen afrolatino no desempeñaban papeles protagónicos en las telenovelas. Aunque no tenía una respuesta definitiva, en mi interior sí sabía cuál era la razón de sus ausencias.

—Yo también solía enojarme —me dijo al tomar un plato del armario que colocó sobre la encimera de la cocina—. Me carcomía la rabia por dentro cada vez que veía a los pocos actores negros interpretando papeles secundarios porque perpetuaban la noción de que nosotros no podemos aspirar a una vida de primera clase.

—¿Recuerda la promesa que le hice cuando era adolescente, que algún día me vería actuar en telenovelas? Pues bien, mi viaje a Miami es con ese fin.

Mamá se volvió hacia mí y en sus ojos pude ver esa mirada severa que me da cada vez que me llama la atención.

—También recuerdo que te dije que esa idea era una quimera. Estaba tratando de desanimarte, pero me doy cuenta de que no pude hacerte desistir. Heredaste la terquedad de tu padre. — Caminó hacia mí y me miró con una mirada grave—. Espero que tengas suerte, hijo, la verdad que sí.

Regresó al mostrador para terminar de preparar la ensalada. Me limpié con la mano la humedad en la mejilla que dejaron sus dedos.

—Cuando era niña las cosas eran muy distintas. No nos enseñaron la historia afrolatina en la escuela, excepto la etapa de la esclavitud... —me relató con una nostalgia que pesaba en su voz.

Sus lastimeras palabras avivaron la llama fervorosa que arde dentro de mi pecho y que dio origen a la idea de cambiar las cosas para todos nosotros. Al narrarme su experiencia, mamá me dio razones suficientes para aventurarme a una ciudad desconocida, a un mundo diferente, y bregar con personas influyentes que pueden ayudar a lograr los cambios que busco.

Papá entró a la cocina en medio de la conversación, nos saludamos con un breve apretón de manos y le dio a mamá un ligero beso en los labios, como acostumbra cuando llega a casa.

—¡Leeroy se marcha para Miami! —dijo mamá adelantándose antes de que pudiera hablarle a papá sobre mi viaje.

Papá me lanzó una mirada larga que me puso nervioso.

—¿Es eso cierto? —me preguntó, mirándome con ojos desilusionados—. ¿Todavía tienes esa loca idea de tirar tu carrera por la borda para perseguir un sueño imposible?

—No es imposible, papá, difícil tal vez, pero no imposible —lo interrumpí.

—Bueno, como quieras llamarlo, lo que no puedo entender es cómo un hispano negro como tú, con una gran carrera por delante, está dispuesto a arriesgarlo todo para luchar contra un sistema que nunca se doblegará, que nunca abrirá las puertas para

que gente como nosotros sobresalgamos. Ese plan tuyo de convertirte en protagonista de una telenovela solo vive en tu cabeza. Si no ves a ninguno de nosotros actuando en sus series, significa que no nos quieren en ellas. Tienes que renunciar a esa pésima idea, hijo, ¡no pierdas el tiempo persiguiendo sueños falsos! Aquí tienes una buena carrera, trabajas en la empresa de la familia, que un día será toda tuya. Pero si insistes en esa idea de convertirte en actor, echarás todo eso al fango. ¡Usa la cabeza, hijo! —Hizo un gesto de mano tocándose la cabeza. Se giró para salir de la cocina, pero se detuvo y me miró fijamente—. ¿Cuándo viajas a Miami?

—El próximo mes —respondí.

Papá sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Se dio la vuelta y salió de la cocina para ir directamente a su dormitorio. Cuando mamá lo llamó a cenar, se sentó a la mesa y comimos esa tarde sin volver a tocar el tema, aunque noté que papá tenía un leve semblante de disgusto.

«Atención, pasajeros de Royal Taucan Airlines, vuelo 931 a Miami». Una voz masculina interrumpe mis pensamientos. «Está abordando el grupo seis. Por favor, alisten su tarjeta de embarque». La mujer que estaba detrás de mí se cansó de buscar lo que perdió en su bolso y, al escuchar el anuncio por el intercomunicador, cuelga su bolso al hombro derecho y se encamina a hacer el último chequeo antes de abordar. La empleada de la línea aérea revisa su tarjeta de embarque y la mujer desaparece por el túnel. Mientras la gente camina en fila hacia la entrada del avión con sus maletas, saco mi teléfono celular, reviso mis correos electrónicos, mensajes de texto y redes sociales. Aunque tengo prisa por subir, soy consciente de que siempre hay una persona que retrasa toda la cola mientras se detiene para colocar su equi-

paje de mano dentro del portaequipajes o que tiene problemas para encontrar su asiento. Por eso prefiero quedarme aquí y ser la última persona en abordar cuando todos los pasajeros ya están en sus respectivos asientos. Navego sin mucho interés por Facebook, Twitter e Instagram. Aparece una imagen de Cassidy en la pantalla con un mensaje. Lo abro. Me recuerda no olvidar traer el esmoquin para la recepción de esta noche, la que Rachel Olivares tuvo la amabilidad de conseguirnos invitaciones. Le respondo que estoy en el aeropuerto a punto de embarcar y que con todos los demás detalles olvidé comprar el esmoquin. Envío el mensaje; minutos después aparece la respuesta de Cassidy, me informa que podrá comprarme uno y reembolsarle cuando llegue esta tarde. Le mando el texto con mis medidas y responde que lo tendrá listo en el hotel cuando llegue. Le doy las gracias y cierro la pantalla.

—¡Bienvenido a bordo! —me dice una simpática azafata latina, joven, esbelta, mientras subo al avión. Lleva el cabello recogido en un moño bajo.

—Gracias.

Me dirijo hacia el fondo de la nave, pasando por la clase ejecutiva y pienso en cuál pasajero me habrá robado el asiento. El pasillo está casi despejado. Mientras camino, veo a la mujer que estaba detrás de mí en la terminal, sentada, con la frente arrugada y la mirada perdida en la ventana. Llego a mi asiento. Una madre y su hija adolescente están ya sentadas con el cinturón abrochado. Dejo mi equipaje de mano en el portaequipajes, la bolsa de la *laptop* debajo del asiento delantero y me acomodo en el asiento más cercano al pasillo. Los asistentes de vuelo terminan la instrucción de rutina, por el intercomunicador se escucha la voz del capitán indicando al personal de servicio que se prepare para el despegue.

Estoy dando un gran paso hacia lo desconocido, corriendo un gran riesgo. A algunos podrá parecerles una estupidez, pero yo

estoy convencido de que esta aspiración vale la pena. Sigo creyendo que, cuando me reúna con ejecutivos de telenovelas y sus ojos se abran al reconocer la verdad oculta en el margen de los libros de historia, verán las cosas de otra manera. Estoy seguro de que cumpliré mi meta. ¿Y si no escuchan por la falta de insensibilidad hacia nuestra raza? ¿Y si el viaje, la meta y mi sueño fracasan por mi timidez y miedo a enfrentarme a las personas que manejan la industria? Siento una pequeña humedad en las palmas de mis manos. De ninguna manera, eso no pasará. Necesito mantener una actitud positiva. Con mi carrera de actuación, mis conocimientos y mi pericia diplomática, creo que seré capaz de conseguirlo. ¡Sí, estoy seguro de que funcionará!

Intento relajarme. Fracaso. Tomo la revista de la aerolínea que está frente a mí, pero no puedo concentrarme más que unos minutos. Saco auriculares de una bolsa de plástico que nos dieron los asistentes de vuelo y sintonizo una estación de música clásica para calmar mi espíritu. A menudo funciona en otras situaciones, pero hoy la música se rehúsa a colaborar. Tamborileo con los dedos contra el apoyabrazos con la intención de calmarme, pero eso tampoco funciona. La joven sentada junto a la ventana baja la persiana de plástico y se dispone a dormir. Pienso en Miami, en el viaje, en Cassidy. Pienso en la vez que la conocí.

La obra llegó a su fin esa noche. No tenía muchas ganas de quedarme, es más, estaba a punto de marcharme cuando el director pidió que me quedara. La verdad no sé cómo lo hizo, pero su manera sutil de persuasión logró convencerme de tal modo que de repente tenía una copa de vino tinto en la mano y caminaba entre un público sonriente que conversaba en pequeños grupos en voz baja. Contemplé el panorama un rato hasta que me armé

de valor y me incorporé a uno de esos grupos a dialogar. Fue así, en ese ambiente festivo entre amantes del teatro, que tuve el placer de verla por primera vez. Se presentó pronunciando mi nombre con un acento foráneo y voz suave y gentil. Volteé en dirección de la voz y al levantar la mirada me di cuenta de que estaba frente a una mujer hermosa. Me dijo que se llama Cassidy. No sé cómo explicarlo, pero algo en su voz, en su mirada, quizás su distinguida postura o quizás el hecho de que llegó a mí con esa firmeza logró cautivarme antes de que dijera algo. Sus palabras eran como un encanto, deseé que nunca dejara de hablar, que su voz me envolviese para siempre.

—Mucho gusto, Cassidy —le respondí con mi voz de barítono ocultando mi sorpresa entre las cuerdas vocales.

Extendió su mano, pude apreciar su brazo delgado y sus dedos largos muy bien cuidados. Una descarga eléctrica recorrió mi columna vertebral cuando tomé su mano en la mía. Me la llevé a los labios, deposité en ella un ligero beso, mirándola a los ojos sonrientes.

—Leeroy no es un nombre latino común —dijo después, esbozando una sonrisa.

Sus ojos desbordaban la misma curiosidad que tienen los gatos al ver un objeto extraño que examinan con precaución. Me preguntó si hablaba inglés, quizás para asociar mi nombre con el idioma de mis padres o quizás porque se sentía cómoda hablando la lengua de los de allá, los del norte, de donde proviene.

—Sí, hablo inglés —respondí dirigiéndole la mirada.

Hice un esfuerzo para mantener los ojos en los suyos, para ver si su alma se asomaba a sus ojos y poder comprobar lo que mi corazón de algún modo ya presentía. Un camarero nos interrumpió al ofrecernos dos copas de vino, deposito la copa vacía, levantamos los cristales de la bandeja y tomamos un sorbo. El vino actuó

como bálsamo para la garganta seca causada por un nerviosismo que acosaba mi cuerpo.

—¿Significa eso que sus antepasados vinieron de una de las islas británicas? —interrogó con un tono adornado de entusiasmo.

—Mis tatarabuelos emigraron de Jamaica para ayudar a construir el ferrocarril en Honduras. Esa migración trajo una congregación de isleños en busca de oportunidades de trabajo al declinarse en el Caribe la venta y producción del azúcar. Esos mismos inmigrantes, cargando ilusiones y esperanzas de tener una vida digna, trajeron costumbres británicas que muchas veces chocaron con las tradiciones culturales de los nativos, creando conflictos que poco a poco fueron segregando a los pueblos.

Los ojos de Cassidy se agrandaron al descubrir que compartíamos un antepasado similar con la migración de sus bisabuelos de la misma isla jamaíquina a Panamá para construir el canal. Me llevé a los labios la copa y tomé un gran sorbo de vino tinto con confianza. Cassidy me expuso cómo sus padres la habían obligado desde niña a hablar inglés y me eché a reír porque lo mismo había sucedido conmigo en casa. Le pregunté su apellido después de aclarar la garganta y me contestó que se apellidaba Johnson.

—¿Así, como los productos Johnson? —dije.

Cassidy asintió, dejó escapar una leve carcajada, provocando que algunas personas paradas en un pequeño círculo no muy lejos de donde estábamos desviaran la mirada a nosotros.

—Pero mi apellido no tiene nada que ver con los productos Johnson, ahora, si la familia desea adoptarme, no lo pensaría dos veces.

Los dos compartimos una sonrisa leve. Seguimos conversando con las copas de vino casi vacías en nuestras manos, explorando nuestras raíces, tradiciones y costumbres familiares. Descubrimos que teníamos más cosas en común: a los dos nos gusta la música y el baile. A los dos nos gusta el calor del trópico con aroma de mar

y los buenos vinos. Ambos éramos unos apasionados del teatro y las telenovelas.

—Noté que es el único afrohondureño entre el elenco. Cuénteme, ¿qué le motivó a ser actor?

Cassidy se mostró muy interesada en mi respuesta. Me dio la impresión de que toda su atención estaba en mí.

—Las ganas de actuar comenzaron cuando era muy joven, viendo telenovelas con mamá en casa. No tenía idea de qué significaba ser actor, qué se requería ni qué implicaba convertirse en uno. Todo lo que sabía entonces era que quería convertirme no solo en actor, sino en el primer protagonista afrolatino de una telenovela. Me quedó claro en la escuela secundaria cuando una vez un profesor nos presentó el teatro y nos pidió que produjéramos una obra y actuáramos frente a toda la institución.

—¿Produjo e interpretó la obra?

—Un grupo de compañeros y yo lo hicimos juntos. La verdad, fue un desastre, éramos malos actores y la trama fue un desastre. Una vergüenza total.

Una pequeña sonrisa se asomó en sus labios.

—Olvidé la línea que debía decir a pesar de que había ensayado durante semanas. Trabajé duro con mis compañeros y, aun así, me paralicé por las miradas que tenía encima. Tenía miedo de no ser lo suficientemente bueno en el escenario; en fin, fue una experiencia única. Por supuesto, no recibimos una calificación favorable —atajé a tiempo una leve carcajada que quiso salir—, pero, a pesar de todos los errores que cometimos en el escenario, esa lección confirmó mi amor por el teatro y me enseñó que no debía permitir que la experiencia negativa me impidiera perseguir lo que me gusta. Me dije que, si quería convertirme en un gran actor, entonces debía aprender y tomarme el tiempo para practicar. Esa fue la única vez que hice teatro en la secundaria.

Cassidy parecía absorta en mi historia, lo que me dio pie a seguir hablando. En ese entonces no sabía por qué, pero ella me despertaba la confianza suficiente para contarle cosas.

—Después me fui a la universidad, no me inscribí en clases de dramaturgia porque no veía futuro en eso para mí. En cambio, entré a la Escuela de Ingeniería, que me gustaba mucho y por sugerencia de mi padre, para así ayudarlo con la empresa de la familia. Paralelo a mi carrera, hice teatro en la universidad, tomé algunas clases en mi tiempo libre y después de graduarme hice audición para actuar en el teatro casa de la cultura. Me tomó varias solicitudes, según ellos, porque no tenían un papel para mí, hasta que finalmente me aceptaron. Me dieron un papel minúsculo para probar mi habilidad, no estuvo tan mal. En ese entonces no tenía idea de lo que pensaría el director de mí. Pasé tiempo trabajando con personas dedicadas al teatro que ayudaron a que la obra cobrara vida.

»Quedaba impresionado cada vez que veía actuar a los miembros del elenco y me decía a mí mismo que tenía mucho que aprender de ellos. Cuando me tocaba trabajar con un nuevo director, me paralizaba, los pensamientos eran como truenos: ¿y si no le agrado? ¿Y si lo decepciono? ¿Qué pasa si no puedo hacer lo que él quiere que haga sobre el escenario? Uno de los directores con los que trabajé estaba interesado en mi actuación. Fue uno de los pocos de quien puedo decir honestamente que realmente sabía lo que estaba haciendo. Pasé mucho tiempo con él mientras me entrenaba y aprendí mucho. Me enseñó a escuchar y reaccionar en el escenario, a investigar cómo llenar el mundo del personaje que interpreto. Me ayudó a crecer para convertirme en el actor que soy hoy.

Apuré el último sorbo de vino. Una camarera se acercó y reemplazó nuestras copas vacías por otras llenas. Descubrí que dialogar con Cassidy me transportaba a otro universo. Sentía una

sensación de paz, una seguridad al estar a su lado que me abrazaba el pecho. Sabía escuchar, no se apresuraba ni intentaba cambiar la conversación. Era la mujer que había estado esperando toda mi vida: inteligente, preparada, bella. Debo admitir que no había estado tan cerca de una mujer hermosa e inteligente en mucho tiempo. Grabé en mi memoria cada centímetro de su cuerpo, el tono de su voz, sus gestos y sus divinos ojos ambarinos. No solo la deseaba físicamente, quería algo más allá, algo que solo el amor podía ofrecer.

«Señor —me dice una voz, sacándome de mis pensamientos. Es la joven asistente de vuelo, quien anda por el pasillo revisando a los pasajeros—, por favor, abróchese el cinturón —me pidió con una amabilidad que me costó descifrar si era falsa o algo que aprendió en la escuela de azafatas para dar la ilusión de que realmente le importa la seguridad de los pasajeros.

Tan pronto como la asistente de vuelo escucha el distintivo clic, se aleja. Me recuesto en el asiento, tratando de relajarme mientras el avión avanza hacia la pista de despegue. No lo logro. Me tiembla la pierna, me retuerzo la mano, mi mente sigue trayendo fragmentos de recuerdos con la imagen y la voz de Cassidy.

Después de dos horas en el aire, la aeronave aterriza en el aeropuerto internacional de Miami. Dentro de la terminal, subo las escaleras mecánicas hasta el segundo piso con destino al sector de inmigración y me uno a los pasajeros que arrastran sus equipajes para montar al tren de tres vagones. Encuentro un lugar junto a un grupo de gente desconocida, donde permanezco parado cerca de la puerta de salida con mis pertenencias. La voz de un hombre se escucha por el intercomunicador, advierte el cierre de las puertas y que nos sostengamos durante el viaje. Enseguida la máquina